



GUERRAS EXTRAÑAS

¿En una época extraña?

Cnl (R) Hugo Gastón Sarno

Abril de 2004

La confusión sobre una guerra se produce cuando no se sabe si es una guerra – o no lo es -, y si tiene una postguerra, porque la postguerra ocurre después de una guerra y, si lo que se ha analizado previamente no es una guerra o lo es dudosamente, entonces tampoco puede hablarse con certeza de una postguerra, sino de algo posterior y también dudoso. Hablar de guerra y de postguerra, requiere – entre otras cosas – saber cuándo termina una y cuándo comienza la otra.

Cuando no surge con claridad si un acontecimiento es una guerra, porque no alcanza a la importante magnitud del uso militar, a veces tampoco se sabe qué es la paz, cuando se comprueba que ella está combinada con actos de belicidad episódica, o con actos violentos y tensiones de distintos orígenes.

Cuando no surgen con certeza ni la guerra ni la paz, es que existen grises intermedios entre ambos extremos, existen indefiniciones si hay un comienzo y un final, y hasta confusiones en conocer a los verdaderos promotores de lo que parece guerra y de lo que parece paz.

Los antecedentes existen. Una guerra “poco clara” fue la que libraron las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Imperio del Brasil (1825-1828). Los recursos disponibles eran tan escasos que los combates tácticos en el mar y en tierra, nunca alcanzaron un resultado estratégico para definir la guerra. Las interrupciones, las pausas prolongadas, impidieron que un éxito fuera seguidamente explotado para consolidarlo y profundizar sus consecuencias.

Pero lo más curioso en esa guerra fue el resultado político. Ambos Estados luchaban por el territorio de la Banda Oriental del Uruguay: las Provincias Unidas para recuperarlo y el Imperio del Brasil para incorporarlo, luego de haberlo invadido militarmente con anterioridad.

La Banda Oriental no quedó para ninguno de los dos beligerantes. Llegó Lord Ponsomby que impuso la voluntad política de Gran Bretaña: el Uruguay será independiente. Y agregó en su correspondencia: “*Hemos puesto un algodón entre dos cristales*”.

Esa fue, evidentemente, una extraña postguerra, porque los dos Estados enfrentados debieron renunciar a los objetivos por los cuales fueron a la guerra. Esa postguerra no guardó relación con la guerra previa, donde no hubo un vencedor pero tampoco un derrotado: hubo dos derrotados políticamente, sin batallas, porque Ponsomby no trajo ejércitos ni flotas británicas.

Se sabe que toda guerra tiene un desenlace político, surgido de la evolución bélica exitosa, fracasada o indecisa, adquiriendo la característica impuesta por un vencedor militar, o bien un equilibrio, o hasta la semejanza con una tregua. Nada de eso ocurrió en 1828.

Ya Polibio había señalado la errónea postguerra impuesta por Roma luego de derrotar a Cartago: sembraron con sal las tierras agrícolas cartaginesas, en vez de aprovecharlas y emplear a los vencidos como esclavos. Dijo aproximadamente así: destruir lo que se puede adquirir por la fuerza, es una política errónea, por no decir estúpida.

En 1916 ocurrió “una guerra que no era guerra”: fue llamada “expedición punitiva”. En marzo de ese año, Pancho Villa atacó la población de Columbus de Nuevo México (EEUU) y, a continuación de este raid, se retiró hacia el interior del territorio mexicano. Este acto de bandolerismo fue importante porque Villa empleó 300 hombres y se llevó la caballada de los cuarteles del ejército estadounidense que encontró a su paso.

En la región fronteriza entre Estados Unidos y México los actos de bandolerismo con saqueos y depredaciones, tanto desde Texas hacia México como desde México hacia Texas, eran frecuentes, pero ninguno había llegado a la magnitud del que condujo Villa.

El gobierno de Venustiano Carranza propuso al Presidente Wilson el estudio de un tratado para permitir la persecución recíproca de salteadores por medio de tropas que pasarían de uno a otro territorio. Sin llegar a este estudio, en Washington se juzgó que la actitud de reciprocidad del Presidente Carranza era suficiente y se ordenó la entrada de tropas norteamericanas a México para capturar a Pancho Villa.

Carranza protestó por cuanto no se había autorizado esa operación y exigió la retirada de esa fuerza en abril de 1916. Se cumplió una reunión con delegados de ambos países en Ciudad Juárez. En esos momentos, un grupo de mexicanos que vivían en Estados Unidos atacó Glenn Springs, sospechándose que había interesados en impedir cualquier acuerdo.

Las conversaciones se suspendieron en mayo. Las tropas de Estados Unidos al mando del General Pershing no se retiraron de México, fueron reforzadas sobrepasando los 15.000 hombres, y continuaron su avance hacia el sur, a pesar de que se sabía que Pancho Villa estaba oculto en las montañas del norte.

Algunos empresarios estadounidenses que poseían grandes extensiones en México presionaron al Presidente Wilson para convertir la expedición de Pershing en una guerra de conquista. Sin embargo, la opinión pública norteamericana se manifestó claramente a favor de México y como 1916 era un año electoral y Wilson deseaba ser reelegido, se pronunció contra toda esa presión y en consonancia con las demostraciones populares: *“No soy servidor de aquellos que quieren acrecentar sus propiedades en México...”*.

Esas palabras no coincidían con lo que estaba ocurriendo. Pershing quería llegar hasta Durango (unos 600 Km. al sur del límite internacional). Se libraron varios combates. Se reanudaron las conferencias binacionales, mientras las tropas de Pershing continuaban su presencia “punitiva” hasta que, en enero de 1917, se inició por fin su evacuación: era un total de 26.000 hombres que habían invadido México “sin declaración de guerra”, buscando a un bandolero que jamás encontraron a lo largo de un año.

Esa evacuación terminó en febrero de 1917, cuando los Estados Unidos estaban estudiando su intervención en la Primera Guerra Mundial: ¿fue lo que salvó a México?

Es que en Estados Unidos, alentados por la guerra de conquista de 1845-48, existían sectores que deseaban incorporar México bajo la tutela de Washington. Algunos antecedentes lo confirmaban.

En efecto, en abril de 1914, en plena convulsión interior mexicana, desembarcó en Tampico un grupo de marineros estadounidenses del “Dolphin”. Fueron detenidos por el coronel Hinojosa – porque habían desembarcado sin bandera -. El comandante del Dolphin protestó y logró que fueran liberados y arrestado Hinojosa.

Pero ese incidente – que parecía así resuelto y concluido – fue aprovechado por el almirante Mayo, que exigió izar la bandera de Estados Unidos en Tampico presentándole los honores de desagravio. El Presidente Wilson solicitó al congreso la aprobación para emplear la fuerza contra México, mientras los acorazados Praire, UTA, Florida y Montana, desembarcaron su infantería de marina y abrieron el fuego contra la ciudad.

Cierta prensa de Estados Unidos difundía comentarios eufóricos: “México debe ser territorio de Estados Unidos y sus habitantes, ciudadanos norteamericanos”. (25 abr 1914, “Mining & Engineering World” de Chicago).

Veracruz permaneció militarmente ocupada por Estados Unidos durante siete meses. En noviembre de ese año, las tropas norteamericanas abandonaron el territorio mexicano: ya había comenzado la Primera Guerra Mundial en junio: no era oportuno sostener la agresividad militar contra México, cuando el gran conflicto europeo demandaba la atención prioritaria de Washington y el apoyo que necesitaba Gran Bretaña.

Por lo tanto, entre 1914 y 1917, la presencia militar norteamericana y sus combates en México, ¿fueron o no fueron una guerra? Sin duda fue una agresión bélica con invasión y ocupación territorial, apoyada en pretextos y denominada con el eufemismo de “expediciones punitivas”, de cierta semejanza con el ataque militar limitado de Mao contra Vietnam del Norte e inmediata retirada, luego de la “sanción punitiva”. Fueron agresiones bélicas: ¿sin postguerra, pues se trató de regresar a la situación anterior?

La Historia contiene ejemplos cuya lista no va a ser incluida aquí. Se pueden mencionar las guerras de Corea y de Vietnam, en las cuales se produjeron extraños desenlaces posteriores y desvinculados, al parecer, con algunos de los objetivos iniciales. Fueron guerras que terminaron – como se dice actualmente – “empantanadas” -, sin resultado militar estratégico, cuya finalización consistió en suspender los combates y realizar una retirada militar. La guerra de Vietnam mucho más extraña que la de Corea: Estados Unidos abandonó el teatro de operaciones y el resultado político consistió precisamente en lo que se deseaba impedir: la caída de Vietnam en la órbita comunista.

Actualmente existen acontecimientos bélicos donde no hay certeza como para llamarlos “guerras”: lo que ocurre en Colombia, en Palestina y en Afganistán e Irak (aquí en Irak, desde que concluyeron las operaciones militares de combate).

Existen evidentemente voluntades en oposición que utilizan la violencia con armas, pero no quedan establecidos los campos de combate clásicos donde intervienen tanques, infantería, artillería y aviones de uno y de otro lado. La lucha parece “sucía” porque no se respetan las leyes de la guerra: se cometen actos de crueldad, de vandalismo. El asesinato, el rehén, la emboscada, la bomba detonada a distancia, la amenaza, la extorsión, dan al enfrentamiento varias características que tuvo el “gangsterismo”, donde lo militar queda

tantas veces mezclado y superado porque se adoptan conductas ‘parapoliciales’ o propias de una delincuencia violenta.

El campo de combate parece reemplazado por el barrio, por la aldea, por la noche, donde los que luchan no ofrecen un ‘blanco a batir’: resultan inútiles las armas de ‘exactitud laser’ porque no se puede “apuntarlas”: ¿contra quién?

El Presidente Bush ha declarado y comenzado la guerra contra el terrorismo que tendrá – anunció – una larga duración. Inició operaciones de combate con las fuerzas más modernas. Cuando los combates concluyeron varias semanas después, el terrorismo continuó. Y continuó porque es ejercido desde redes desplegadas en muchos países con células activas y otras células que permanecieron pasivas y en acecho mucho tiempo hasta el momento de entrar en acción, sostenidas con recursos financieros suficientes y de origen poco claro.

Más aún, parecen contar con suficientes individuos que sacrifican sus propias vidas, individuos con los cuales parece inútil negociar, presionar ni convencer, como los que se autodetonan como una bomba humana contra personas inocentes en Israel, como los pilotos suicidas del 11 de septiembre, y como los que no se rindieron a la policía española.

Hasta ahora, los terroristas no lograron éxitos militares estratégicos: no derrotaron a las fuerzas de un Estado ni se apoderaron de su gobierno. Pero con amenazas y atentados, están logrando hacerlos retroceder políticamente. No solamente España va a abandonar Irak. Otros Estados ya lo están haciendo bajo amenaza. Es un éxito político como el que hubiera alcanzado un Estado vencedor sobre otro, derrotado. Como si fuera una postguerra que se logra sólo con un atentado y con amenaza de otros atentados. ¿Qué clase de guerra es ésta? ¿O no es una guerra? ¿Es una postguerra?

Por el momento, el uso de la fuerza militar no parece apropiado contra el terrorismo. ¿Seguirá siendo así? Las medidas de seguridad no ofrecen garantías. Algunos analistas están pensando en cómo obtener información cierta, oportuna y previa, para evitar actos terroristas neutralizándolos antes de que ocurran. Pero en el caso de que este objetivo tuviera buenos resultados, ellos serían sólo tácticos y episódicos, mientras que un éxito estratégico exigirá desarticular las redes completas y también las fuentes financieras que las sostienen.

Ahora bien: si se logra neutralizar toda una red terrorista y sus apoyos, surge una pregunta: ¿se convertirá el terrorismo en un recurso de lucha menos costoso, también de resistencia, de desobediencia, que pueda difundirse como un ejemplo, como un “mal ejemplo” para cualquiera, incluso para Estados pequeños?

¿Es ésta una hipótesis descabellada? Creemos que en esta época ninguna suposición debe ser abandonada, cuando los procedimientos que fueron clásicos se descartan, cuando los que son aceptados por las Naciones Unidas son dejados a un lado, cuando se emplean actos agresivos cuyos autores son difíciles de identificar, y cuando toda esa clase de lucha no parece ser neutralizada ni suprimida, entonces, puede esperarse que el “ejemplo cunda”.

Posiblemente la guerra ha entrado y sigue entrando en una etapa de “barbarización”, descendiendo hacia el nivel de la baja pasionalidad donde el odio provoca las reacciones odiosas, donde a la crueldad se le responde con una crueldad más inhumana, y donde el militar profesional se siente como un extraño que no entiende las circunstancias, como si esa lucha no fuera para él.

Los indígenas americanos defendieron su tierra con salvajismo contra las tropas: fueron feroces, quemaron y destruyeron, robaron todo lo que pudieron, capturaron

“cautivas”. Era entendible: ellos eran primitivos, no conocían otra ley que la de defender sus tierras. No sabían de leyes: eran salvajes.

Pero los que hoy usan la lucha salvaje, no son salvajes: son seres humanos que han adquirido culturas modernas, evolucionadas: usos y costumbres, religión, oficios, idiomas, aunque descienden hacia la lucha primitiva. ¿Es una renuncia a los usos civilizados? ¿Qué sombras, qué alteraciones enturbian las decisiones que surgen de la voluntad, como para abandonarse y caer hacia niveles subhumanos?

Otras actividades del hombre – y no sólo la guerra – parecen insolentarse contra la cultura aceptada. El rechazo, la rebelión, el abandono de lo que se concretó a lo largo de varios siglos, tal vez se está generalizando o por lo menos, va extendiendo sus vigencias anti-civilizadas en ciertos sectores de la humanidad.

Cuando el español Millán de Astray gritó, “Viva la muerte”, ¿estaba anunciando una extraña manera de vivir? ¿Era un mandato para los actuales suicidas bélicos? ¿Cuántas actividades humanas están perdiendo el “sentido común”? Entonces, ¿qué es el “sentido común”, esa razón que debería aproximarse al método que Renato Descartes buscaba para encontrar lo que resultara evidente e indudable?

En un panorama que va acentuando todas esas vigencias, no debe llamar la atención que la guerra se torne extraña, no sólo abandonando sus parámetros clásicos, sino haciéndose tan confusa como si obedeciera un mandato: ¡Disfrázate! ¡Hazte irreconocible! ¡Simula con hipocresía ser una paz! ¡Ensucia tus características con los grises indefinidos!

Y si la guerra o las actividades que se le parecen, van desplazando o reemplazando lo que debería acercarse a la paz, puede ser que estemos entrando en una época donde la barbarie avanza y deja de ser extraña, lejana, ausente, porque crece como una marea.

En el año 1952, el Teniente General Benjamín Rattenbach anunció que iban a comenzar los acontecimientos bélicos en una “horrible confusión” entre la guerra civil y la guerra militar, donde iban a ser frecuentes los actos inhumanos. Entonces, ¿qué estamos ‘descubriendo’ ahora? ¿No es un poco tarde, cuando la lucidez anticipadora ocurrió hace medio siglo en nuestro país?

Esta característica, más allá de lo que puede ser o parecerse a una guerra, posiblemente acrecentará un clima de desorden mundial, por el cual las relaciones internacionales se ensucian, es decir, se elude el Derecho, se condicionan los compromisos, las posiciones no son claras y con frecuencia son ‘pendulantes’, los congresos son hipócritas, y todavía pueden emplearse amenazas veladas y extorsiones disimuladas.

El siglo XXI, como las guerras, tiene un comienzo que algunos han considerado no ortodoxo, es decir, casi inexplicable. ¿Cuándo este siglo tomará una definición histórica y cuál será esa definición? ¿Debemos confirmar que por ahora estamos en una transición, en una descomposición de vigencias anteriores, en un proceso sorprendente y cambiante? ¿Qué difícil es vivir durante un período así, donde muchos no saben a qué atenerse, cuáles son las normas, cuál es el desenlace! Pueden comenzar para ellos el escape, el aislamiento, los trastornos mentales.

Algunos observadores afirman que vivimos en un caos, situación inexplicable donde a los acontecimientos no se le encuentran razones, causas, utilidades, actores. Debemos reconocer que esta época es difícil de entender sobre todo cuando la comparamos con siglos ya pasados.

Actualmente, parece que las crónicas, los documentos, las declaraciones, los hechos, quieren escribir una historia que no es Historia, justamente cuando contamos con miles de críticos, analistas e informantes, que tratan de explicarnos lo que ocurre y el significado de

lo que ocurre, prometiéndonos una claridad que nunca tuvo – dicen – la “oscuridad medieval”.

Antiguamente los “césares” actuaban sin esconder su crueldad, sus arbitrariedades, ni sus ambiciones. La historia que hacían era Historia, directa, sin “entrelíneas”, de modo que sus contemporáneos sabían a qué atenerse. No era lo mejor, tal vez lo peor, pero las circunstancias aparecían nítidas al entendimiento.

En la actualidad en cambio, las cosas son distintas y a veces rayan en la hipocresía: desfilan ante nuestra mirada sobre el mundo próceres que no lo son, señores sin señorío, culpables escurridizos, virtuosos anónimos, estatuas excesivas, abundancia de premios, excelencias engañosas, superficialidades estrepitosas e importancias silenciosas, y por supuesto, dineros grises y negros que salen de ciertos bolsillos, porque el dinero no tiene carga ideológica ni patria: simplemente es dinero útil a cualquier portador público o no público, y sirve para financiar acontecimientos. Cuando algo ocurre, se debe preguntar primero quién lo paga.

Hace muy pocos años apareció en las librerías un volumen cuyo título indicaba que “el mundo no tenía rumbo ni sentido”. No es así. El mundo sigue un rumbo aunque parezca poco claro. Si no se le encuentra “sentido” o explicación, es otra cosa: es problema del “sujeto” y no del “objeto”.

Todo lo que ocurre y lo que ocurrió tiene explicación: hay que saber buscarla y encontrarla, hay que saber penetrar detrás de los cortinados. No es bueno quedar satisfecho ni aceptar la superficie de las cosas con su momentaneidad, con sus fugacidades, con sus falsedades, o con sus pujas solapadas o de perfil muy bajo.

Roma fue sorprendida por Espartaco: posiblemente no contaba con buenos informantes que le anticiparan lo que estaba por suceder. Los Estados Unidos fueron sorprendidos el 11 de septiembre de 2001, a pesar de que tenían el mejor servicio de inteligencia del mundo. Las grandes responsabilidades exigen entender lo que ocurre y anticiparse a lo que puede ocurrir.

La globalización contribuye a darle complejidad a los fenómenos porque todos ellos se interfieren con otros, se obstaculizan, se perturban, no pueden evolucionar tal como fueron originados y deben modificarse, adaptarse, demorarse o incluso abandonarse. En otras palabras, ningún hecho puede conservar su concepción inicial ni madurar solitariamente.

La simultaneidad mundial, donde a la misma hora se conoce lo que ocurre en los distintos husos horarios del planeta, nos ha colocado a todos en un único momento histórico: no existe más una historia europea, otra historia asiática ni una historia americana. Toda la humanidad está inmersa en una única Historia Mundial, sin compartimientos separadores. Hoy se podría envidiar a aquellos antiguos guaraníes que no sabían de Julio César ni de los Mandarines, viviendo en una soledad histórica protegida por una geografía insalvable.

Hay además, otra complejidad: la población mundial se incrementó cuatro veces en los últimos cien años; los actores que intervienen históricamente (Estados, instituciones, grandes empresas, organizaciones delictivas) se han multiplicado todavía más y, como todos actúan e influyen, cada año ocurren más acontecimientos como si existiera una gran “densidad histórica”, muchos hechos en poco tiempo, una verdadera “aceleración histórica” porque lo que ocurre se sucede rápidamente.

Estas décadas que vivimos parecen formar parte de un momento histórico muy particular, en el cual se deshace el legado del siglo XX y se rechazan las culturas de

orígenes más antiguos. Permanece, sin duda, la agresividad, la rivalidad, la intolerancia. Podemos preguntar: ¿Se cierra así una época o una era? ¿Se está preparando un final cíclico? Este trabajo comenzó con las guerras que parecen anormales y extrañas, porque ocurren durante décadas “extrañas”.

¿Tendremos más “guerras extrañas”? Tendremos siempre guerras anormales y también normales, porque el mercado de los armamentos está produciendo ganancias nunca alcanzadas hace un siglo y exige que las armas y municiones se consuman sin cesar en todo el mundo. Somos una humanidad cuya demanda, debido a conflictos que nunca terminan, alimenta esa oferta para la guerra. El Presidente Eisenhower reconoció públicamente la presión que ejercen los industriales de la muerte, que cuentan con socios políticos.

Esas guerras heterodoxas – que también contribuyen al mercado de las armas – a pesar de que se apartan de los conceptos que fueron clásicos, no por eso dejan de ser tan perjudiciales como las que consideramos normales. Además de sus diferencias metodológicas, las guerras extrañas agregan – como ya dijimos – una crueldad inhumana: es la expresión más clara de la ‘barbarización’ de la lucha porque se pelea ‘sin cuartel’, sin reglas, sin piedad; no diferencian a un enemigo de un neutral, ni a un destinatario de un inocente.

Al no dejar ‘claros’ ni vacíos, parece que el terror propio de la crueldad se difunde como una mancha de aceite que se ensancha en todas direcciones para que nadie quede a salvo, ni los ajenos ni los propios. Parece una epidemia de odio que ha incubado y se propaga: ¿llegará a ser una pandemia?

Muchos analistas descargan las culpas sobre grupos fanatizados que derivan de religiones, pero como desertores de la religiosidad, interpretándola agresivamente sin aceptar convivencias: se hacen inflexibles, innegociables y rechazan toda disuasión. Pero a veces se deja sin reconocer a quienes, con su soberbia, con sus ambiciones, con sus profanaciones, han despertado energías que antes no lo eran: han provocado reacciones contra el avasallamiento económico, cultural, cuando no, político.

El fanatismo y el odio pueden ser espontáneos según la naturaleza humana, pero también pueden ser provocados. La perversión alcanza un nivel muy elevado, cuando el fanatismo y el odio son alquilados por un grupo o por un Estado poderoso, para lanzarlos contra un rival.

Fue algo sorprendente la declaración de guerra contra el terrorismo del Presidente Bush (h). La guerra era declarada por un Estado contra otro u otros Estados. Recordamos al Presidente Franklin D. Roosevelt el 8 de diciembre de 1941, cuando declaró la guerra a los tres Estados del “eje”: Alemania, Italia y Japón.

Pero hoy, declarar la guerra contra el terrorismo, nos hace pensar: esta guerra, ¿contra qué cosa se declara?: contra los grupos que practican el terrorismo. ¿Dónde están, porque se preparan y actúan clandestinamente? Esa declaración de guerra, ¿incluye a los que financian a los terroristas? ¿Quién o quiénes pagan la actividad terrorista?

Si uno compara esta guerra extraña con las guerras clásicas, puede preguntar: ¿Se movilizará ahora como antes se hacía? ¿Se retiran las embajadas? Imposible: no se destacaron embajadores ante los grupos terroristas. ¿Se bloquean sus puertos? No se puede: los grupos terroristas no tienen sistemas portuarios propios. Como todo eso es impracticable, se opta por atacar a un Estado que apoya a los terroristas, o que se sospecha que los apoya. Por eso, se ataca militarmente por sospechas, ‘por las dudas’, preventivamente, a riesgo de equivocarse.

El Secretario de Estado Colin Powell presentó con énfasis ante el Consejo de Seguridad, las “pruebas” de que en Irak existían o se preparaban armas de enorme poder. Y para desarticular ese poder, Estados Unidos inició una guerra de conquista. Pero luego se comprobó que aquellas “pruebas” no lo eran: fueron, en el mejor de los casos, una ‘suposición’ no confirmada, para una guerra comenzada sobre la base de una ‘hipótesis’ y no por una certeza. Eso puede hacerlo un país muy poderoso, que está en condiciones de fuerza como para despreciar las represalias.

Ahora bien: ¿cuándo y cómo se vence a los terroristas? Y ellos, que están dispersos, ¿se darán por vencidos? Ellos están preparando “niños terroristas”: están preparando un relevo generacional para cuando los mayores sean abatidos. Por eso, vencer a los mayores, no termina la guerra, continuará porque se está empleando una estrategia que no tendrá final: ¿cuántas generaciones habrá que vencer? ¿La de los nietos y bisnietos?

El fenómeno ‘guerra’, tanto clásica como extraña, no logra explicar la realidad bélica. Posiblemente, en la humanidad han crecido tanto la rivalidad, la competencia y los objetivos incompatibles, que han desbordado las reglas y han preferido la agresividad en desmedro de la negociación.

Un ambiente agresivo ha ido así aumentando como agresión militar, agresión económica, agresión cultural y otras agresiones, que las relaciones se ha hecho en muchos casos crecientemente odiosas.

Esa agresividad casi mundial en aumento envolvió al fenómeno ‘guerra’, lo incorporó, le cambió sus normas o se las quitó; lo fue desnaturalizando y lo convirtió en un episodio más del clima de enemistad que amenaza saturar las vinculaciones entre los grupos humanos, con una nutrida colección de conflictos bélicos, parcialmente bélicos y no bélicos, donde es difícil distinguir y separar la guerra de la paz.

En la medida en que la inhospitalidad y el peligro vayan aumentando en el mundo hacia un clima casi insoportable – al que todavía no hemos llegado – es posible que algunos grupos humanos manifiesten su desesperación al no poder apaciguar ni soportar las condiciones de agresividad que los rodean.

La desesperación es un estado fuertemente emotivo por el cual queda neutralizada la capacidad racional: las reacciones se harán por impulsos enérgicos y violentos; no se medirán los riesgos ni las consecuencias. No sería extraño que así puedan aparecer algunos seres “catastrofistas”, aquellos que creerán que sólo una catástrofe podrá resolver fulminantemente los malestares acabando con todos, víctimas y victimarios, como si fuera la única y rápida solución para un ambiente social donde el peligro estará diariamente presente en la vida y donde no se espera otra salida en términos racionales.

Desde la Argentina, lejos de los focos de gran tensión, es difícil aceptar una evolución como ésta en cualquier región del mundo. No debemos olvidar empero los dos terribles atentados que en la década de 1990 sufrió la ciudad de Buenos Aires. Pensemos que en ciertos pueblos hoy se están preparando no soldados, sino suicidas. ¿No es ésta una decisión desesperada? ¿Un fruto de la impotencia política? ¿Una salida irracional para una situación humillante?

Posiblemente, serán muchos los argentinos que no concebirán un futuro como ése y lo rechazarán por pesimista. Lo aceptamos. Es la influencia de la situación en la que viven, donde los males se han soportado y se entiende que se les aproxima un alivio. Pero no saben que el terror que ya ha comenzado en la humanidad parece no respetar santuarios geográficos: puede reaparecer aquí como en la aldea más pacífica del mundo, o en Nueva York, o en Madrid, o en Oklahoma, o en el Pentágono, o vaya uno a saber dónde más.

Pongamos por caso las embajadas del Estado de Israel: siempre han sido y son las mejor protegidas del mundo, por razones conocidas. ¿Quién podría haber imaginado que la de Buenos Aires iba a ser destruida matando tantos inocentes de ella y de los vecinos? Y eso ocurrió aquí, a diez cuadras de donde estamos escribiendo esto: allí surgió una realidad completamente inesperada y hasta ahora inexplicable. ¿Quién pudo imaginar eso dos o tres años antes? ¿Algún ciudadano israelita? ¿Algún pesimista?

Pero ése y otros atentados son por ahora episódicos: “una golondrina no hace verano”, por lo menos en nuestras latitudes.

Karl Deutsch afirmaba que si un país era sumido en una situación humillante, podría esperarse de él una decisión desesperada. Los pueblos islamitas, ¿están siendo ‘empujados’ hacia una situación humillante? ¿Están siendo explotadas sus riquezas? ¿Están siendo profanadas sus creencias y sus santuarios?

¿Dónde quedarán arrinconadas las ‘guerras extrañas’ en un mundo donde la agresividad invade múltiples actividades humanas?

Cuando el Teniente General Benjamín Rattenbach anunció en 1952 y 1953¹ que iba a aparecer la “guerra revolucionaria”, donde no habría normas respetadas y donde se iban a cometer hechos inhumanos, sus artículos pasaron desapercibidos. Nadie les prestó atención en nuestro país. No podemos compararnos con tan distinguido y lúcido militar argentino, que anunció la aparición de una “guerra extraña” hasta entonces, porque creemos que esas guerras pueden quedar sumergidas y absorbidas por un clima de agresividad en aumento. ¿Será éste un futuro improbable?

No podemos imaginar cómo en el año 2.050 los analistas y los historiadores clasificarán esta época que, a los que vivimos en ella, nos parece “anormal”, excesivamente agresiva, inhóspita, pasional, hasta iracunda.

Buenos Aires, abril de 2004.

¹ Revista “Dinámica social”.